

"La carola"

Para las mujeres y los hombres
en su lucha incansable por México:
con mi más sublime admiración y respeto;
y, por supuesto, para *“El Quijote de Quiroga”*



en el **U**mbral

Sor Juana Inés de la Cruz
y el instante final

Escritos lúdicos

Leticia Fuentes

D. R. © Leticia Fuentes

Primera edición: 1996

Segunda edición 2006

Imágenes de portada e interiores

Series: *El barco de cristal* y *Diarios, escaleras*,
de Verónica Gómez

ISBN: 968-5552-83-5

Impreso en México/*Printed in Mexico*

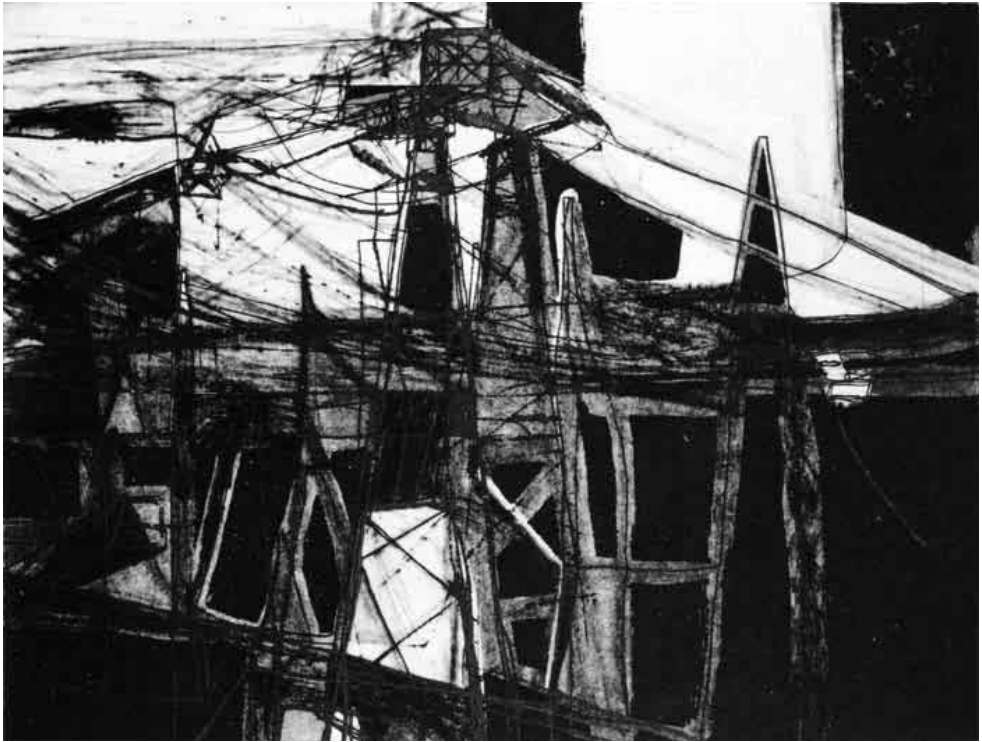
í n d i c e

Presentación	7
Agradecimientos	11
I Juana de Asbaje. Voces femeninas	15
<i>Nace una luz</i>	
Visión y fantasía	
II Joven doncella, Juana Inés	25
<i>Las almas se reconocen</i>	
Visión hipotética	



Serie: *El barco de cristal*

III	La Santa Inquisición	35
	<i>Sacrificad la voluntad</i>	
	Visión quimérica	
IV	Renunciando a las letras	45
	<i>Abdicar es lo correcto</i>	
	Visión utópica	
V	Juana de Asbaje, poetisa universal	55
	<i>Muerte corporal, muerte espiritual</i>	
	Visión lúdica del adiós	



"Concretando Sueños"

Presentación

Sor Juana Inés de la Cruz, una de las mujeres más prominentes de la literatura, con el valor de escapar de cualquier forma de restricción y romper con los patrones e ideas de su momento, cuya rebeldía y tenacidad le permitieron alcanzar una identidad frente a la estructura social.

No resultan ajenos los cuestionamientos que hiciera a los roles sociales de su tiempo y la convicción con que refutara el estrujamiento moral, por lo que en nuestros días es considerada la primera feminista de América.

A la fecha, pocos personajes son tan difíciles de estudiar y revelar, para situarla en la compleja amalgama de erudita y figura romántica, sin embargo, no es fácil sustraernos a esa melancólica pasión de saber que envolviera a la Minerva de la América.

El Instituto Nacional de las Mujeres, en el marco de la tercera emisión de la convocatoria del concurso de tesis “Sor Juana Inés de la Cruz, Primera Feminista de América”, y como un homenaje a la figura que representa la *Décima Musa*, este año publica la segunda edición del libro *En el umbral*.

Para el INMUJERES, es fundamental rescatar algunas de las aproximaciones que se han escrito sobre la mujer, poetisa y monja; y que desde el plano literario nos permiten conocer otra perspectiva de Sor Juana, figura con un gran peso dentro de la historia, cuya obra trascendiera hasta convertirla en un icono de nuestra cultura.

Actualmente, posicionarla en un contexto terrenal, sin dejar de lado su erudición nos aproxima a la Sor Juana –lectora de Athanasius Kircher y su *Iter exstaticum*– que emprende en auténtica comunión de alma y cuerpo un viaje que crea y recrea cosmos literarios.

En el umbral entrelaza la narrativa y el momento histórico, para enmarcar el delirio del último día de la vida de Sor Juana Inés de la Cruz; con un ágil lenguaje, en un instante nos descubrimos navegando en pasado y presente; el texto nos aproxima al personaje para irlo dibujando en formas y visiones disímiles a través de los distintos ciclos de vida.

Para la autora, definirla se convierte en la imperiosa necesidad de liberar su pasado de las cargas interpretativas con que se le ha ido cubriendo, y que con frecuencia ensombrecen no sólo al personaje sino la época en que vivió.

En el umbral, vamos al encuentro de una Sor Juana con un profundo deseo del espíritu y los sentidos por ignorar menos, y que creyera que la vida conventual sería la respuesta a su búsqueda de la libertad creativa.

En el último periplo, Sor Juana Inés de la Cruz y el dolor, una al otro mimetizaron la figura, sin embargo, su legado literario nos permitió conocer dentro de su grandeza la fragilidad humana y la belleza del espíritu.

Lic. Patricia Espinosa Torres
Presidenta del Instituto Nacional de las Mujeres

Agradecimientos

Juana Inés la de todos, la que por más de trescientos años ha hablado al mundo a través de sus libros, agradece humildemente a los que no la olvidaron.

Mil gracias a Amado Nervo, a Manuel Toussaint, a Ermilo Abreu, a Xavier Villaurrutia, a Alfonso Méndez Plancarte y a Octavio Paz, quien nos diera la sensibilidad de su pluma; poeta por excelencia y maestro de la prosa y el ensayo.

Al Instituto Nacional de las Mujeres, por el gran compromiso de “...trabajar para crear y desarrollar una cultura de igualdad y equidad entre hombres y mujeres...” y por la visión de emitir la convocatoria “*Sor Juana Inés de la Cruz, Primera Feminista de América*”, impulsando el espíritu de investigación entre académicas de México y el mundo sobre temas de género. Gracias por premiar a las estudiosas en su calidad de académicas, investigadoras y mujeres de letras.

A todo aquel que hizo posible que una Universidad lleve mi nombre y se especialice en mi obra; finalmente mi esperanza de que existan corazones abiertos al saber, se encuentra dando frutos.

A quienes estudien mi obra, esperando que resulte fuente de inspiración, no de desesperación.

A la Juana Inés que todas las niñas llevan dentro.

Sorjuanina de la †

La peor de todas

México, 2006.

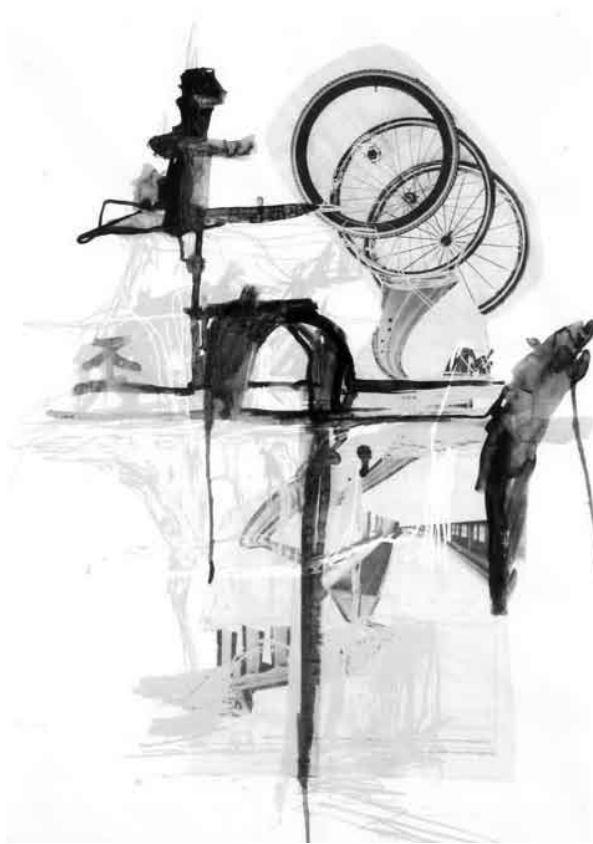
Antes de encontrarse *En el umbral*

Sitúese en el último día de vida de Sor Juana Inés de la Cruz, la monja agonizaba debido a la epidemia que azotaba al país.

Sea generoso con ella y permítale que en un estado de absoluto delirio y en el umbral de la muerte, comparta libremente con usted lo que en su momento le impidió la censura.

La libertad de expresión que se ejerce en nuestros días, permite a Juana Inés viajar a través del tiempo y el espacio, encontrándose al unísono en pasado y presente compartiendo sus vivencias en estos apuntes; conoceremos líneas adelante a una Juana Inés atemporal, pero infinitamente universal.

Serie: *El barco de cristal*



Juana de Asbaje. Voces femeninas

Nace una luz

Visión y fantasía

Nació una luz, una luz en mi casa para alumbrar el alma de Doña Isabel Ramírez, primer y mayor amor para mí.

El Popocatepetl, con la majestuosidad de su presencia, me prodigó la primera mirada dejándome investida de una fuerza incontrolable, la Sierra Nevada fue testiga silenciosa de los primeros y débiles cuestionamientos al creador.

Desfilan recuerdos vagos de San Miguel y Panoayán, ambos profundamente queridos. San Miguel me despierta nostalgia, la inmensa luna alumbrando la noche, percibo el brillo del amanecer y el sol de mediodía en la cara; a Panoayán corresponden los momentos especiales de reflexión.

A mi padre lo recuerdo remotamente, tanta ausencia martirizó mi ego, Don Pedro es una sombra sin imagen, voy volando, alzo los brazos, pero... no alcanzo a tocarlo, cuando me acerco se escapa, desaparece.

¡Padre...!, quería tenerte conmigo, para que tu voz acallara mi infinita curiosidad, quería saber los nombres de las estrellas, la posición de las constelaciones, que alguien dijera los nombres de las flores, que surgiera una voz para dar respuestas, había centenares de preguntas, pero sobre todo un sinnúmero de necesidades.

De niña me martirizaron terribles dudas, pero había una, exorbitante y cruel, ¿por qué no me querías, padre?, tu ausencia me aseguraba tu desamor.

Una imagen incorpórea me mantuvo despierta interminables noches, eterna jornada para alcanzar el amanecer, intentando trazarte, buscando unos ojos, pero no, no eran tus ojos lo que yo quería conocer, mi interior anhelaba conseguir una mirada.

No aparecías padre... , entonces la mente me puso trampas y tu recuerdo se fue esfumando, te apartabas, fue primero tu ausencia física, después en alma; tanto dolor de ausencia me hacía intentar poderosamente que existieras. Para tenerte a mi lado empecé a escribir cosas, como si te las dijera, como si las escucharas o tuvieras idea de su existencia.

Me convencí de que podrías aparecer en cualquier momento, darme la mano, tocarme la frente, sentarte a mi lado.

Mi abuelo se convirtió en el patriarca, de férrea voluntad y tierno corazón. Él, como yo, se perdía en los libros, leía, meditaba, de pronto mantenía un soliloquio delirante, sin temor a que lo escucharan o pudiesen discernir sus sueños.

Con él nació la necesidad primero de aprender, después quería saber más, o ignorar menos, pero fue creciendo el deseo de conocer; me pregunto si mi abuelo con sus libros colmó mis expectativas, comprendo que las acrecentó, o fueron mis inquietudes las que convirtieron mis dudas en montañas cada vez más inalcanzables.

Una imagen me llevaba a otra, desembocaba mi pensar en un inmenso río cuyas aguas me arrastraban a una pendiente cada vez más peligrosa, aparecía otra suspicacia; ocho años tenía cuando mi pequeña cabeza estallaba de conjeturas, titubeos, vacilaciones.

La biblioteca del abuelo estaba a mi alcance, para dar respuesta a mi necesidad de estudiar, olvidar y perderme en las páginas de los amigos que cobijaban mi pequeño y desvalido corazón.

Empecé a ver los libros como algo sagrado, dentro de la sabiduría ancestral que en ellos se había depositado, conforme los leía, formaban en mi intelecto conciencia de modernidad.

Me ocultaba en sus páginas, porque contemplaba a mi madre incapaz de existir sin varón al lado, Doña Isabel, tan valerosa para unas cosas, tan débil para otras.

Cuando partió mi abuelo los libros se volvieron mis únicos compañeros, como su inseparable lectora, repentinamente, entre libros e ideas mediaba el retraimiento, las horas que durara el día o que conformaran el tiempo eran para leer y reflexionar, se tendió un puente imaginario que continuamente atravesaba, era una delicia ir y venir.

Era imposible mirar a los demás sin contemplarme a mí misma, la imagen me desagradaba, me encontraba cierta de que no podía dominar nada, mi carácter masculino se fue proyectando entonces, se moldeaba con lo que había a mi alrededor.

Mi entorno a través de los libros se fue colmando de símbolos y razonamientos, me encontraba inmersa en lo que acontecía al mundo, mi madre se consagró a la tarea de tener hijos, por lo tanto, me apartaron de la hacienda, porque iba a nacer un hijo de Don Diego.

En ese momento te convertiste en mi compañero ficticio, te sentía junto a mí como si existieras, alcanzaba a percibir tu respiración, empecé a hablar de manera fluida contigo abuelo, a veces en mi delirio era difícil saber si vivías o estabas muerto.

Todo era difícil, porque en esa época lo excelso de la vida se le concedía al varón, con esa conciencia decidí moldear mi espíritu, fui desde ese momento, mujer con alma de varón, pero mujer dispuesta a que floreciera mi potencial femenino, ya que sólo mi mente se encontraba poseída con la fuerza de los “caballeros”, pero enmarcando un sueño: que existiera igualdad entre hombres y mujeres.

Crecí ególatra, sí, pero con un narcisismo antes que nada “autocrítico”; descubrí que escribiendo escapaba de la soledad, inventaba amistad con tinta y papel, dando forma a la creación.

Me encontraba absolutamente convencida de que colmando la hoja de versos sería poeta por excelencia, no esposa, ni hija, madre o hermana, sólo poeta, si adolecía o no de talento, eso me lo demandarían después los lectores.

Escribir y escribir a partir de esa premisa resultó un gran descanso, las letras se convirtieron en una válvula de escape que necesitaba cerebro y corazón, uno para no estallar, otro para no enloquecer, logrando así que el juicio prevaleciera en mi persona sin cometer atropello alguno.

La arrogancia que distinguía a los letrados y la oscuridad de la gente sin instrucción, me ponían en una constante disyuntiva, si eran verdaderamente las letras el camino a seguir.

Me incliné entonces por alternativas que pudiesen darle sosiego al espíritu, fui captando de los libros, conocimientos enciclopédicos de la naturaleza y composición del mundo.

Me encontraba distante de la humanidad, mi infancia la recuerdo así, aislada de todos, pasaba los días pensando y añorando maravillas no vistas, en mis conversaciones imaginarias con el abuelo, soñaba con el cosmos y quería construir conforme a mis fantasías su nueva morada.

La oscuridad me iba arrastrando al mundo mágico que habíamos creado, a la atmósfera que surgió producto del temor y que paradójicamente ya no me abandonaría.

Convertida en caracol daba vueltas perdiéndome en el eco que encerraba, arrancándole palabras a la fortaleza de su centro, cuidando de reservar espacio para dejar inscritos mis signos de debilidad.

De niña, viendo a mi madre esperar la llegada de su hijo, encontré sin saberlo que me habían preñado los poemas, abultaban mi vientre

las metáforas, empecé a gestar con mi cerebro otro tipo de hijos, emergiendo de letras e inspiración una mujer fecunda, con frutos de la intelectualidad.

Dio inicio un viaje mágico, por la vida y por los sueños, mi abuelo como compañero permanente, viviendo algo desconocido y colmado de misterio; lamentablemente, el viaje no podía ser eterno y muy pronto retornaría la realidad, buscando los valores que alejaran la sensación de vacío que el conocimiento sin aplicación produce.

Necesitaba en ese momento aferrarme a un punto firme que me sostuviera, era necesario inventar un motivo para continuar en el mundo, me encontraba en la absoluta desesperanza, terrible, abismal, un abandono aniquilador.

Mi trayecto se encaminó a una comunicación directa con alguien que me colmó de amor, de un amor infinito, de sentimientos plenos, ternura, calidez, quietud absoluta; este punto de partida, esta piedra angular, podía ser únicamente el Señor de los cielos.

...Dios me llamó desde ese momento.

Serie: *El barco de cristal*



Joven doncella, Juana Inés

Las almas se reconocen
Visión hipotética

Unid las almas antes de unid los cuerpos, teniendo presente que las almas se reconocen.

Mi hostilidad ante la vida ¿verdad o mentira?, podría alguien de otro tiempo plantear la posibilidad de que mi existir resultara una gran falsedad.

Guardé memoria profunda acerca del espectro del amor, del que sin saber fue brotando de los sentidos y del que surgió del entendimiento.

Padecí el dolor de acallar el sentimiento, de mostrar distante lo que estaba ahí, dentro del alma, desgarrando el corazón; recorrí grandes distancias del cosmos para llegar aquí a investigar el mundo, anhelaba conocer en un solo instante lo fútil y lo recóndito.

Escribí versos de amor, innumerables versos que el hombre interpretó como un ensayo, una hipótesis, el mundo supone que ninguna de las expresiones fue teoría, únicamente mi interior conoce la verdad, sobre la fuerza con que latió el corazón al momento de dictarlos.

Estoy perdiendo la conciencia, empiezo a sumergirme en un ensueño donde el sentimiento me llama, pero mi temor es tan inmenso, incalculable y terrible, que resulta superior al deseo de dar rienda suelta al delirio.

Todo el dolor que no pude explicar y que fue casi imposible de definir e interpretar, ese sentimiento era el amor, amor, ¡oh Señor mío!

¿Cómo quise correr a ese encuentro, estrecharlo, vivirlo?

¿Qué me detuvo?

¿Por qué no se dio entre nosotros coincidencia?

Mi corazón conoce la respuesta, fue el sentimiento de culpa y lo que no alcanzó a consentir la conciencia, la luz de Cristo, fue algo más profundo.

No me sorprendió el amor como expresión, el cataclismo se presentó a partir de la forma como se manifestó conmigo, me aturdió una idea que sigilosamente decía que los demás no sentían así, aterrada, guardé distancia entonces para ese difícil arte que era amar.

Para hablar de amor con un lenguaje universal y considerando que la represión del momento me ceñía poderosamente la cordura, el único recurso que pude emplear para difundirlo fue valerme de endechas, jácaras, ovillejos, parodias, redondillas, sátiras, sonetos.

Escribí en todas las métricas que la literatura definió: heptasílabo, octosílabo, endecasílabo. Mil noches el desvelo me venció con epigrama y caligrama, el sentimiento sobre el que versé, en mí no fue solamente especulativo.

Juana Inés, su hermana en la fe, se regocijó con la oportunidad de concretar el amor, amor cuya convicción más profunda señalaba a Dios.

Y como he mencionado en mi obra, me encontré un sinfín de veces despreciada del que amé y desdeñando a todo aquel que me hiciera conocer sus afectos.

Al amor en su más profunda esencia, sólo puedo decirle que interminables noches “maldije su ausencia”, el reclamo más profundo se refiere a la distancia que mantuvo conmigo.

En contraste a la ternura del amor, la pasión es disímil, se tiene y no existe, no preserva la belleza de admirar lo amado, lo pierde al poseerlo, por eso ante la pasión asumí la sabia postura de esquivarla.

El amor fue primeramente un asunto de estudio, después en forma pausada me fue conduciendo con ruta directa a su trampa, era difícil para todo aprendiz sustraerse al sutil encanto que emanaba.

En contraste, el amor a Dios fue pleno, íntegro, entrega total, verdad absoluta, el creador del mundo, amor mayor, no pudo prodigarme el entendimiento con que nací, por lo tanto guardé silencio, no había nada Padre santo, que alcanzara a expresar y que no conociera tu divinidad.

Del amor pagano, sólo diré que se trató de un dulce martirio, néctar amargo, amargo y divino, exigía muy poco al nutrirse de la entrega corporal y el desquiciamiento emocional, resultó causante directo de la agonía por la que mis venas a los veinte años, advirtieran el valor del espeso líquido que viajaba a través de ellas para estallar en el corazón, existen verdades muy caras, por ésta me encontré a punto de endosar la vena de la vida.

Atesoré conocimiento, pero no asumo mi inclinación a los estudios por incapacidad de amar, lo académico en mi vida fue un torrente emotivo que se desbordó en mi interior, ese río sin caudal me llevaba de un estudio a otro.

Opté por el conocimiento como sabiduría, jamás lo vislumbré como parte del poder, pretendí ante todo alcanzar la luz del alma, nunca la gloria del hombre.

¡Amor!, amor mío, inadmisible confesión, perenne agonía.

Me mantuve humana, infinitamente humana a pesar del temporal, intentando no perder el equilibrio, estimando la dimensión precisa del momento que vivía.

Luisa, ¡oh, señora mía!, Marquesa de la Laguna, favoreció tu riqueza con generoso medio la devoción al oficio de escribir, estudiar y cultivar todo aquello que enalteciera mi espíritu.

¡Oh, Góngora!, si conocieras mi verdad, la que forjé tras la belleza de las letras que recorrieron mis ojos y de las obras con que enalteciste la literatura.

Esa verdad que después de trescientos años expando al planeta y que si tu pluma generosa respondiera desde el infinito, sería un inmenso regocijo al espíritu de los mortales.

Empieza a extinguirse mi faro, inevitablemente me encuentro cerca de Dios y a años luz de su presencia, estuve cautiva el período que duró mi vida, me alimenté de ansiedades, resulté el modelo que con fino trazo fueron proyectando los que me rodearon, no tenían una visión clara de lo que era, fueron boceteando lo que deseaban que fuera.

En el último periplo soy feliz, hablándoles desde el umbral de mi libre albedrío, sin temor de que se conozca lo que voy a decir...

Veo los ojos de Dios mirando al mundo, esos ojos se quedaron en los míos, después de esa mirada me abandonó la soledad, me invadió un espíritu de luz, una suave calma irrumpió en mi ser.


Disfruté una edad que me permitió desarrollar mi pasión por las letras, ahora la misión más importante para mí estriba en dejar huella indisoluble sobre la legitimidad del amor, ya que adorando, soñando y feneciendo el amor será eterno, lo perpetuarán la esencia y la sustancia que lo conforman.

Con los milagros alcanzados y las vivencias que pueda conferir al “homo sapiens”, el amor como entidad suprema, arribará hasta el fin de los tiempos como el aliento del mundo.

Después de la muerte corporal sobrevendrá mi caída espiritual, siglos después, confío yo cuando al mundo lo transforme el amor entre los hombres.

En ese momento, no existirá memoria mía.

Serie: *El barco de cristal*



*L*a Santa Inquisición

Sacrificad la voluntad
Visión quimérica

Me cubrí con el teatro para manifestar lo que pensaba, esperando gracias a esa máscara no recibir censura.

Minerva de la América, se escucha soberbio, jamás pretendí que me llamaran así, gracias por la anuencia de los que se interesaron en conocer mi obra, pero sobre todo gracias a los corazones abiertos al saber.

Impetrar indulgencia a las flaquezas de estudiar, soñar y amar; mundano debió parecer, por lo que denominaron así a tan desmedido acontecimiento que no consistía en querer saber más, estribaba en el deseo legítimo de querer ignorar menos.

El Santo Oficio pretendió acaso al juzgar mi quehacer intelectual, realizar un procedimiento administrativo, pero qué sucedió con los asuntos de conciencia.

La Compañía de Jesús se encontraba dispuesta, resultaban expertos en enjuiciar sin misericordia; ante los acontecimientos me planteaba la interrogante si se estaría llevando a cabo un acto mundano, en un sitio que por su propia naturaleza se encontraría inundado del espíritu de Dios.

Doctrina nueva resultaron mis disertaciones, para todo aquel que desconocía que el entendimiento era la combinación de razonamiento y conocimiento adquirido, mi impotencia era mayúscula al ver la frivolidad con que se me juzgaba, llegué a pensar que el cerebro realizaba la función de relleno en el cráneo de mis enjuiciadores.

El Santo Oficio, al igual que algunos tribunales de otros siglos, se encargó de aniquilar toda prueba documental del enjuiciamiento al que fui sometida, desde hace más de tres siglos emergió la modalidad de mutilar los archivos oficiales, sería maravilloso que en el futuro algún ser humano amante de la verdad, luchara por conseguir que los archivos o documentos oficiales se puedan preservar, que se salvaguarden, pero sobre todo que estén disponibles para su consulta por todo aquel que lo desee y los documentos den testimonio de los acontecimientos.

Como decía, para encubrir situaciones y sentirse dueños absolutos del poder, realizaron una conjura eclesiástica, mi ortodoxia arredraba a los impunes, qué singular situación.

Caminar tras la espiritualidad ausente en ese momento, era pretender engañar al pueblo, a la congregación, pero sobre todo a mí misma de que no permanecí estos años retraída a los asuntos místicos.

Pretendían acaso que retractándome o siendo enjuiciada, lograría ocultarme de los ojos de Dios, con quien durante mi existir mantuve una sublime relación espiritual.

¿Podrá mortal alguno ocultarse del Creador?

Tanta soberbia albergaban en su corazón que les resultaba necesario buscar la respuesta a algo que era tangible y que tan a la vista se encontraba, que no lo podían ver.

Los dos querubines abominables de la historia de México y de mi vida, que brillaron no sólo por su crueldad, exudaban arrogancia, mis amadísimos inquisidores Mier y Armesto, resulta imposible no pensar en ellos antes de partir.

Para Don Francisco Deza, fiscal inquisidor, no será suficiente el tiempo que tenga vida el planeta, para recorrer los avernos de Dante y conseguir aportar un diminuto pago para resarcir la infinita deuda de sus calamidades.

Se exhiben los papeles de Palavicino, sin presentar la contundencia que pudiera establecer una sentencia, contienen argumentos con una

dualidad sorprendente, que se podría concluir que por la naturaleza de las circunstancias, escribió por escribir.

Los inquisidores se encubren con la filosofía del sufrimiento; para estar en posibilidad de padecer de acuerdo con su pensar mi condición de mujer, después de siglos continuo enjugándoles las lágrimas, con el gran privilegio de ser mujer.

Habría resultado oportuno que no perdieran la percepción de que mientras se me enjuiciara con ese rigor, inmensa sería la fama que me perseguiría y no lograrían como lo desearon mi deceso histórico.

En cada homenaje que me otorga la gracia de los que estudian mi obra, aunque medien siglos, vuelvo a sentir que todo lo padecido no fue en vano, de ser necesario toleraría un nivel mayor de sufrimiento para situarme nuevamente en el umbral.

Se atormentaron inútilmente por encontrar la fórmula que le restara trascendencia a *“la carta”*, que como todo lo prohibido mientras más trataban de ocultar, mayor difusión alcanzaba, todas las congregaciones tuvieron noticia de su existencia, el contenido escapó del control severo de los inquisidores, resultó curioso, era como una estrategia de publicidad del siglo en que viven los que ahora leen.

Detrás de mí partieron todos, sorpresivamente, como si me apremiaran al más allá, para concluir por fin el juicio que la muerte les dejó pendiente, la persecución en el infinito se debía a mi huida del universo y a que sus órdenes no tuvieron el privilegio de ejecutarme.

Les resultaba difícil aceptar que una peste hubiera sido más poderosa que los juicios, aún más severa que la institución más temida del país conocida como la “Santa Inquisición”, infectarme de este mal resultó la peor burla que pudo fabricarles el destino.

Saldaré con el mayor deleite, la deuda de haberme entregado con gran amor al estudio y la creación, acciones difícilmente entendidas en ese momento.

La incompreensión vivida por ser una mujer dedicada de acuerdo con su percepción, con mayor entrega a las letras que a la religión, me hizo soportar severos juicios, me encontré sola, sintiendo una despiadada orfandad.

Mi corazón alberga la esperanza de que en el futuro se luche por contar con instancias facultadas para recoger las necesidades de las mujeres, dándoles voz, y que de manera conjunta al desarrollo de las sociedades, se convierta en un hecho cotidiano la igualdad de

oportunidades entre hombres y mujeres, deseando firmemente que este anhelo navegue de sueño a realidad.

Estar en comunicación con ustedes, me resucita para ir detrás de lo que escribí y ponerlo en conocimiento del mundo, deseo fervientemente que en el futuro, todo hombre pueda escribir, imprimir y difundir libremente sus ideales, siempre que éstos no afecten el bien común.

Si todos los seres humanos nacemos libres y con igualdad de derechos, debemos luchar para que bajo ninguna circunstancia se violen nuestras garantías individuales y se respete nuestra libertad de expresión, de culto o de pensamiento.

Deseo fervientemente que mi sacrificio sea el primer paso, no importando si es necesario que transcurran siglos para que la creación de ningún intelectual vuelva a experimentar la represión de jueces o tribunales, que los estudiosos del futuro no vuelvan a temer o padecer que a España no le tiemble la mano y que no vuelva a existir jamás, brazo ejecutor alguno.

El más sublime respeto a todo aquel que albergue sentimientos de admiración hacia la mujer, sea ésta madre, hermana, hija, académica,

colaboradora, compañera, amiga; a los seres que descubran en la mujer a la otra parte del mundo.

en el Umbral

El ideal más intenso que pernoctaba en mis ilusiones era que el hombre, un día lejano, valorara en su justa dimensión a la mujer, ese día es hoy.

Serie: *El barco de cristal*



*R*enunciando a las letras

*Abdicar es lo correcto.
Camino a la santidad
Visión utópica*

Estoy consciente y feliz de mis sagrados votos y compromisos.

en el Umbral

Retumban en mi cerebro aún después de trescientos años los vocablos pobreza, castidad, obediencia y aislamiento; durante más de veinte años resistí estoicamente la intolerancia de los dignatarios.

Este retorno en los tiempos, me permite reflexionar sobre la actitud asumida en el momento que fui enjuiciada, aparecen recuerdos, prevalece una constante que me carcome el alma, una interrogante descomunal.

¿Me aparté de las letras?

Escribir era como respirar, ¿me fui asfixiando acaso?

Me dirijo como se afirmó incansablemente, con ruta directa a una santidad mal entendida, a las tinieblas no puedo aproximarme porque el conocimiento adquirido me eterniza en la luz.

En la reflexión de la censura inquisitorial, prevalecía la idea de que el oficio de poeta se oponía al destino de monja.

Es posible que continúen mirándome como un ente aberrante, su perspectiva intelectual les impide vislumbrarme de otra forma; resultaron doctos los jueces e incapaces de comprender mi obra, fueron condecorados por ser verdugos de la mano que sostiene la pluma que escribe.

La vida entera inquirí si era posible que tuviera otro cerebro en la mano, ya que ésta al escribir, se deslizaba con una velocidad impresionante, que ojos y cabeza se desconcertaban de sus infortunados intentos por dictar las frases a escribir.

Me enriquecía espiritualmente escribir, para revelar mi alma no sólo a los confesores y a la corte, con mis versos me dirigía a las mujeres, a los niños, al pueblo entero y a todo aquel que pudiera comprender, pero sobre todo compartir; me fortalecía que mi interior tuviera algo que entregar a los demás.

No me afectaba el distanciamiento de Don Manuel Fernández, entendía que el acto formaba parte del ritual de la política, en estas condiciones otra separación resultaba intrascendente. No concebía ver al Virrey sometido por los favores del Arzobispo y más allá sostenido en el cargo gracias a su venia.

Y pensar que para llegar a España y ponerme a salvo habría que atravesar un océano, sin embargo, mi desventura alcanzaba otra inmensidad.

Entre tanto sufrimiento, era divertido ver cómo Fernández de Santa Cruz me miraba oblicuamente y apartándose, para que mi oscura fama no atentara contra su santidad.

El infortunio generalmente aparece encadenado, llevándose la muerte a un gran hombre, al Marqués de la Laguna.

Dio inicio uno de los actos más abominables de la historia, empezó la persecución, se encontraba esta mujer cara a cara con el Santo Oficio, no sólo por mi obra, la molestia mayor era resultado de “una carta” que escribí, envié y que circuló por la congregación, a la velocidad de la luz.

Me encontraba al filo de un despeñadero que apuntaba primeramente a la depresión, nuevamente se presentó el caracol con su fortaleza para ayudarme a evadir la realidad.

En estas circunstancias percibí que la venganza no fue manjar de los Dioses, se convirtió en néctar de gente menor, entre ellos el Santo

Oficio, la priora, las religiosas y todo desalmado que quisiera sumarse al movimiento.

Era extraño ver que las hermanas se mantuvieran inertes al verme en ese estado de abandono y desesperación, encerrada en una celda que podría simular una olla de presión, sólo que ésta tenía la particularidad de carecer de válvula de escape, desaparecieron los mecenas, quedando únicamente místicos inquisidores.

Se convirtió mi entorno en un laberinto y la persecución era despiadada, pero no había escapatoria, sabía que estaba cercada, cualquier movimiento me llevaría al fin, que ya no estaba lejos.

Sobrevinieron temor, angustia, desesperación, la muerte lenta, la dantesca agonía de la espera, ya que aguardaba el llamado del tribunal, lo que me aniquilaba era desconocer el momento, decadencia espiritual, ruina moral, se avecinaba una terrible tempestad, sin embargo, con mi huracán personal dio inicio la devastación.

El mayor castigo recibido fue el que se gestó en mi interior, cuando empecé a cuestionarme sobre el amor más intenso, a las letras o a

Dios, me hundí en una catarsis, la duda se apoderaba de mí, cavilé en un estado de contrición permanente.

Resulté tan severa para calificar mis inclinaciones como lo fui con el Padre Vieyra, mi devaneo intelectual se encargó de ir fabricando argumentos contra mí misma.

Demasiada luz me cegó, la tormenta eléctrica que estalló en mi interior incendió cerebro y corazón, me dediqué a esperar, pero sabía que se acercaba la ruina, la degradación, algo tan terrible como la miseria humana.

Mis pies se encontraban al borde de un precipicio, imploraba con discursos filantrópicos, que las manos del misticismo no me permitieran caer.

Mis abnegados rivales me inducían con cruel sutileza al abismo, sabiéndome una gaviota sin alas; agonizaba mi fe en los hombres y en las instituciones.

Me encontraba a punto de hacer uso del último recurso disponible, dar marcha atrás, someterme, inclinar la cabeza.

¿Acaso estaba derrotada?

Mi lucidez se redujo al horror de ser perseguida; la misma pasión que me dio fuerza para escribir y crear cosas bellas, fue la que me arrastró a traspasar el umbral del sufrimiento, en ese instante, pasó por mis labios la copa que bebió Cristo.

Afloró tardíamente el instinto de conservación, como un cachorro en peligro huí, luchando por escapar, pero de mí misma.

Finalmente le hice creer al mundo que me enclaustraba para cumplir mis sagrados votos, pero recuerden que en el último periplo de creación me entregué en mente y alma a las letras, por lo que de concluir mi contacto con las mismas, dudaba que fuera posible seguir viviendo.

¿Podría acaso un cuerpo sin espíritu vagar libremente en el mundo?

Una vez más, tuve noticias sobre “la condición humana”, ya que los que tiempo atrás me alentaron a la pugna política, me dejaron caer, descaradamente se encubrieron bajo las faldas de su miedo, la cobardía los cobijó.

Jamás los intransigentes se han distinguido por leer entre líneas, si buscaba ansiosamente hablar con la autoridad tratando de obtener su venia, parecería aceptar que renunciaba a todo, dando en apariencia marcha atrás a mis ideas, pero jamás con cerebro y corazón.

El terror y la incertidumbre se encargaron de dar conclusión a la obra iniciada por Fernández de Santa Cruz y Núñez de Miranda, para halagar al Señor Arzobispo.

Las letras me dejaron una firma en la piel, por lo mismo en razón nunca flagelé mi cuerpo, no me detuvo el temor a sentir dolor, fue la belleza de la poesía que formó un enorme tatuaje en mi alma.

Ahora si lo prefieren, con sangre rubrico mi Adiós, no tiene importancia expresar un adiós tan elemental, si lo significativo y profundo lentamente fue gangrenando el corazón.

Pero... en esta guerra del alma con los dogmas, no existen vencedores ni vencidos, esta lucha quedó interrumpida para que ustedes, que ahora estudian los acontecimientos, dicten la sentencia final.

Moría en este instante mi fe en los hombres y en las instituciones.

A todos los que me persiguieron y me lesionaron física o espiritualmente les doy las gracias, no me derrotaron, me impulsaron a optar por la libertad interior.

Juana de Asbaje, poetisa universal



Muerte corporal, muerte espiritual
Visión lúdica del adiós

Quiero que a partir de hoy, sólo os dirijáis a mí como Juana la que vivió en Nepantla, no deseo persistir en el Divino sueño, pretendo iniciar el viaje con la lucidez y sabiduría de las estrellas.

No existe absolución posible para el que no desee escuchar, sentir o comprender la represión que encadenó la mente, el alma y los días de esta mujer que incansablemente llamaron erudita, que sólo jugaba con un pensamiento acorralándolo en el retruécano, porque me resultaba imposible dilucidar otro sin analizar primero éste.

¿Por qué cielo injusto me llamas murmurando a ti?

¿Por qué infierno justo, me pides que no te abandone?

Voy caminando, vuelo, floto, sigo una dirección, estoy tratando de tomar una decisión, de como abandonarme irremediamente a ti, infierno, que no se apartó de mí un solo instante mientras duró la vida, nos mantuvimos unidos en la inmensidad de la separación.

¿Dónde queda temporalmente el infierno, en qué espacio temporal vivió la que habla?

No, no vivía en este mundo, se encontraba perdida en la inocente sabiduría del conocimiento secular, estaba inmersa en libros, mapas, notas, partituras, no quedaba nada por hacer que no fuera ignorar menos.

Para conocer mejor los secretos del mundo, me fui abandonando suavemente al placer del saber, iba creando un parnaso secreto, recóndito, inviolable.

No percibías cómo te unías cada día a mi piel, mis células eran sustituidas por las tuyas, estabas ahí tan profundamente en mi ser que te hurté la identidad, te ibas disolviendo lentamente haciéndome un espacio.

Todos se encontraban tan asombrados con la dicha de la inteligencia, que poco a poco su idea de los acontecimientos se volvía subjetiva.

Cuando era tan palpable mi desesperación quedaron cegados ante tanta luz, me buscaban en la profundidad de la oscuridad, gritaban e insistían, me perseguían pero no me lograron ver.

Me encubrí en un lugar común pero sobre todo seguro, la casa de un ciudadano, estaba oculta en lo superficial y a la vista de todos, me encontraba frente a ellos, palpable, visible y no me veían.

Estaba tan distante mental y espiritualmente de Sor Juana Inés de la Cruz, luchaba infinitamente para sentirme Juana Ramírez y afrontar las situaciones con menor dolor, esa nueva identidad tampoco la pudieron ver.

La imagen fantasmal del amor me acompañó todo el tiempo, no me piensa abandonar, sabe cuánto lo oculté y aparentemente renegué de él, pero todos descubrieron a través de mis versos, que viví el amor como pocos mortales, con diferente armadura pero sintiendo igual, lo grité al mundo y a mi interior, con susurros, palabras, con sangre fui declarando mi más íntima verdad.

Navegué a contracorriente, sólo que en vez de agua mi mar era de sangre, a causa de ese sentimiento que me quemaba la piel, las venas, los instintos, que lentamente iba incendiando mi hábito.

El amor, esa fuerza increíble que rebasa pureza y maldad, conoció y habló a través de mis versos con palabras bellas, bienaventuranzas, abstinencia, castidad, candidez, veneración, poseía el sentimiento la autoridad suficiente para hacerlo.

Sobre el amor dije todo y no fue posible esclarecer nada, porque nadie tiene la verdad absoluta de su procedencia o destino.

Hablaba de mí, queriendo referir lo que como monja adolecía y como ser humano destilaba, pero no, no comprendían.

Nadie entendió nada, se le negó a la mujer de mi tiempo la oportunidad de realizar estudios y ser mujer de sociedad; este patriarcado supone que el asunto que ahora se vuelve un fenómeno relativo a que la mujer se prepare académicamente, podrá volverse un acto cotidiano tres o cuatro siglos después.

En el tiempo que viví sólo los varones tenían el privilegio de recibir el conocimiento de los libros, es decir, eran los únicos que mantenían contacto con la luz del universo.

Los momentos que permanecí ocultándome en el hermoso hábito, fue con la idea de ejercer y dar legitimidad al deseo de ignorar menos, todo para poner a salvo mi cabeza y apartarla del filo que se encontraba encarnado en los dedos del Santo Oficio.

Mi bello hábito, ropaje mío, otra piel, si sólo un instante tuvieras el don de hablar al mundo, conseguirías un resultado funesto, acaso conseguirías que el globo terráqueo se turbase ante tus sollozos e interrumpiera por instantes su movimiento sin advertirlo.

Mi destino de religiosa fue diametralmente opuesto al de poeta, ser humano inspirado, de mujer inspiradora tal vez...

Detuve la creación literaria debido al estrujamiento moral y a la incomprensión eclesíastica, no fue este momento el más puro de mi vida, fue el instante más amargo de mi existir; entonces comenzó el verdadero vía crucis del alma, el suplicio a mi cerebro, el encadenamiento a mis manos, nada más distante de la perfección espiritual.

Fue la muerte en vida, resultó el fin de todo, la ruina total, me encontré a distancias milimétricas de alcanzar el temidísimo fin.

El amor corporal habría sido sin duda, la única exaltación de la conciencia, que sería capaz de poner a mi alma fuera de toda fragilidad intelectual.

¿Y la fragilidad espiritual?

Para ese tema, tengo muy cerca a la Santa Inquisición, exhortándome a guardar silencio, estoy segura de que podrían adelantar mi viaje unos instantes.

Quisiera seguir hablando de amor... de...

La reconcomida beatitud del delirio no correspondido, es lo que en este sagrado momento quiero compartir, estos laberintos trazados en mi peregrinar fueron resultado de mi nacimiento no esperado, mi niñez y toda la belleza material que se encontraba fuera del alcance de mis manos, cansadas de todo, pero ávidas de ser acariciadas.

Era imposible que la Santa Inquisición comprendiera que después de mis votos de pobreza, el corazón cometiera el pecado de albergar sentimientos y necesidades semejantes a los que tenían quienes pertenecían a la corte.

Todo lo material pasó desapercibido a mi alma, me rendí a un solo objetivo, mirar mi deseo y desde mi deseo... continuar mirando.

Nada más lejos de ser una monja romántica, fui sin duda una monja irónica, pero, ya no es necesario que escudriñen más los sabios desesperados, en torno a mi ser otras culpas; porque no existió entendimiento alguno entre nosotros debido a que nuestros universos son separados por la intolerancia.

Ustedes están dedicados a escribir incansablemente, tratados que abarcan largas distancias relativas a la culpa, el pecado, la transgresión, el yerro, la impudicia, la venialidad, la duda y la imperfección; mientras que esta voz, se dedica a registrar en su obra las verdades del mundo.

En tanto, donde se encuentra lo que poderosamente buscó escuchar la Santa Inquisición, aquello que se convirtió en su razón de ser, la imploración del perdón, perdón, perdón...

¿Perdón?

Resulta inminente formular la solicitud de perdón por el saber que almacené en el cerebro, lo que oculté en las entrañas y lo que pasó por mis ojos y que mis manos ya no tuvieron tiempo de convertir en tratado.

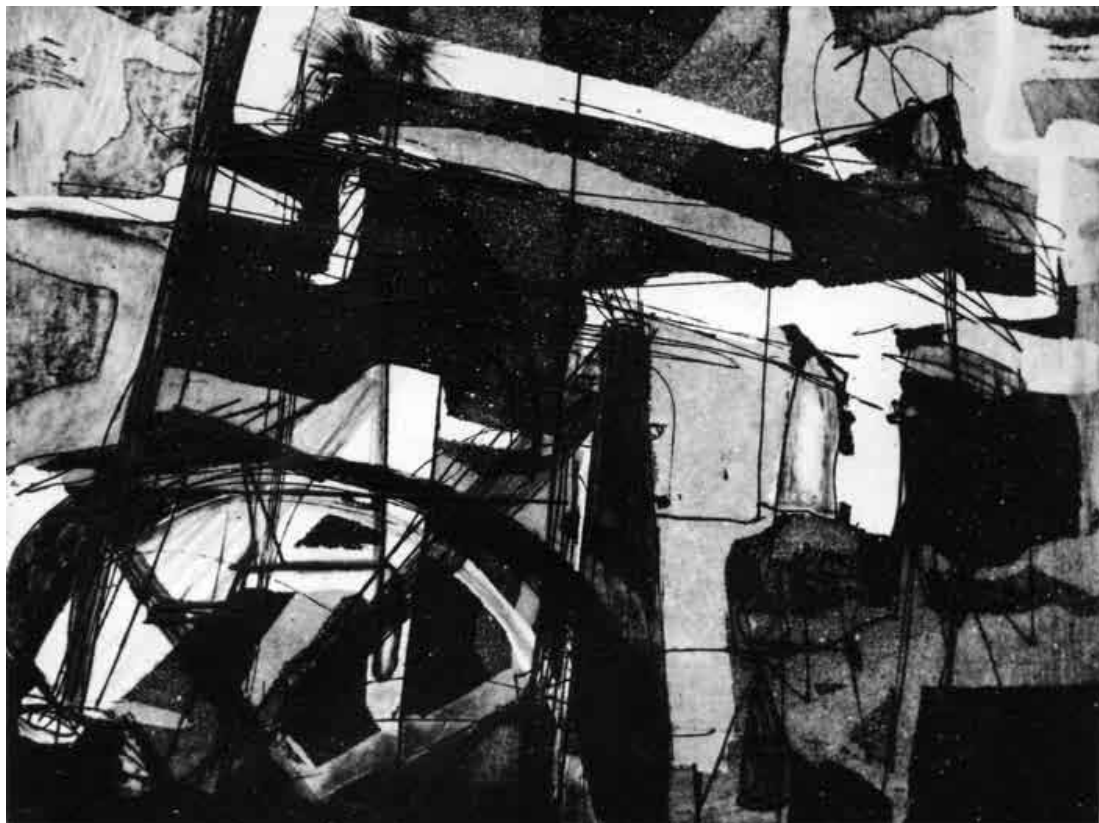
Mientras no busqué riqueza material, ésta llegaba a mí en todas direcciones, me encontré dedicada a describir de pies a cabeza a las mujeres de mi tiempo, las investí de hermosura con palabras; las colmé de opulencia, mis versos lograron el milagro de mostrar su plenitud a la visión de los demás, deseaban mis poemas más que por el amor a los versos, por la gloria que pudiera alcanzar su nombre.

En otro aspecto, me volví cruel ante los ataques de las monjas, ante tanta ofensiva, mi estoicismo me evadía rápidamente de la vida religiosa.

Qué paradójico, de pronto los que enseñan el amor al prójimo, quienes hablaban de humildad, me dieron la lección más perfecta de crueldad, recibí demostraciones plagadas de un ilimitado egoísmo, estuve en posibilidad de doctorarme en este rubro.

A partir de ese momento, llevé en las venas, cuerpo y entendimiento una idea fija, un bello e inmenso deseo, corría encadenada y a pesar de las ataduras avanzaba, encontrándome a sólo un paso de la libertad, por lo que fue placentero soportarlo todo.

Mi aducir de nacer y padecer el calvario de tiempos inquisitorios se debió a un motivo esencial, tenía Juana Inés los próximos trescientos años un encuentro eterno, impostergable, infinito, con quienes ahora estudian mi obra, era necesario que a través de esa lectura me condujeran a mi encuentro con el mundo.



Serie: *Diarios, escaleras*

En medio de grandes tempestades
y profundos debates,
mujeres y hombres lograron acuerdos
para sacar adelante naciones.



en el **U**mbral

renació el 5 de septiembre de 2006

y fue impreso en Talleres Gráficos de México,

Av. Canal del Norte núm. 80,

Col. Felipe Pescador, del. Cuauhtémoc,

C.P. 06280, México, D.F.

Tels.: 5704 7400, 5789 9011 y 5789 9110

ventas@tgm.com.mx

La edición consta de mil ejemplares